

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION, CALLE DE VICTORIO, 53.—PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES.—NUMERO SUELTO CINCO CENTIMOS



D. O. M.

EN SUFRAGIO DEL ALMA DEL SEÑOR

DON EUSTASIO DE UGARTE Y LETONA

QUE FALLECIÓ EL DÍA QUINCE DEL PRESENTE MES

Se celebrarán misas desde el alba hasta las doce, y solemne funeral a las diez de la mañana del miércoles 27 del actual en la iglesia parroquial de San Juan Bautista.

Los Excmos. Señores D.ª Pilar de Mazarredo, viuda de Zabálburu, y Condes de Heredia Spinola, en unión de la familia del finado, ruegan á sus amigos y personas piadosas asistan á estos actos, por lo que les quedarán reconocidos, anticipándoles gracias.

Murcia 26 de Febrero de 1907.

desgracia que llora. No tenga duda de que mi amigo y Dorotea, salieron por alguna otra boca que tendrá la gruta.

—¿Es usted un miserable!

—Señora, no tenga duda de que se fueron por otro agujero!

—¿Es usted un tipo de mal género, digno de que se le arranquen las orejas!

En vista de la tempestad que se me venía encima, abandoné inmediatamente la fonda y me acomodé en un vagón del tren que acababa de llegar, una vez seguro de que aquella mujer continuaría el viaje en otro distinto.

Hace unos veinte días que por una de esas raras coincidencias de la vida, nos tropezamos la expresada señora y yo en un coche de viajeros. Nos reconocimos y nos saludamos, sin que me atreviera a preguntarle por su marido y demás.

—Parece que no me habla usted de Robustiano y de Dorotea? —me dijo.

—No, señora; no se me ocurre nada...

—¿Vaya un par de tuantías!

—¿Cómo?

—Meses pasados encontré en una calle de Madrid a Robustiano y Dorotea.

—¿Yo... je... ¿Y estaban juntos?

—No sé; pero le aseguro que no quedaron bien juntos.

—La una la dejó chata de un quijelazo que la di y al otro...

—¿Y que dice a eso Cleto?

—Pues él... él no dice nada.

Calla, sufre ó no sufre y pasa el tiempo tocando la flauta.

A. de Rojas Molina.
Totana 23 Febrero 1907.

VENTA EN PROPORCION

Por disposición del dueño del establecimiento de Funeraria de la plaza del Poeta Zorrilla, núm. 11, se vende en condiciones favorables el indicado establecimiento.

Para tratar de esta venta podrán entenderse con el encargado del mismo.

Bacalao Escozia. Casa Pedrea Murcia.



CRONICA DIVERTIDA

Hará como cosa de un año, me encontré en la fonda de cierta Estación ferroviaria, con una señora que tiene cara de lorito, á la que, en plena luna de miel, conocí el verano anterior en unas playas más ó menos deliciosas, pues, para el caso, eso es igual.

—¿Que hallazgo más feliz!

—exclamé dirigiéndome á saludarla.—¿Como está V., doña Bonifacia?

—¿Como quiere V. que esté? ¡Vaya una pregunta tonta!...

Me dejó helado la respuesta; más juzgándola efecto de no haberme reconocido, agregué:

—Señora, ¿no recuerda de mí? Nos conocimos en la última temporada vorauiegá en las playas de...

—¿No apele V. á los recuerdos, si no quiere que demos un espectáculo!—dijo trémulamente.

Y presa del mayor asombro ante la extraña actitud de doña Bonifacia, vacilante; sin sa-

ber que partido adoptar, la dije cariñosamente:

—Perdone que á todo esto no haya preguntado por su esposo. ¿Como está mi querido amigo don Robustiano?

—¡Con los demonios!... —replió nerviosa y descompuesta.

—¿Pero que es lo que V. dice, mujer?

Y en menos tiempo del que necesita el inclito D. Eugenio para ungrir al de la cartita de marras, la señora se levantó de la silla más tiesa que el colodrillo de Maura, y, dando una voltereta como las que da Romanones, cayó al suelo, boca arriba, enseñando los dientes al estilo de los monos enamorados y gritando cual un energúmeno:

—¿Que me suicido!... ¿Que me voy á suicidar!...

—¡Socorro! —grité inmediatamente.

Y yaya una trapatiesta que se armó... Los pasajeros, la mar de sobresaltados, acudieron en auxilio de la señora, arrojándole unos agua fresca á su pálido rostro, sugetándola

otros para que no se estrellase los sesos en el pavimento y apretándole alguno el dedo del corazón. Y, en medio de aquel burdel, un caballero parecido á un saltanantes, temblando como el azogue, decía incesantemente con asento de chorlito:

—¡Aprieten, aprieten bien el dedo!

Pasado aquel chubasco, á excitación de los presentes, explicó D.ª Bonifacia el *bustlis* de tales cosas, en los siguientes términos.

—... De los baños, marchamos á una preciosa finca. A los pocos días, según teníamos proyectado, nos fuimos de gira en compañía de unos amigos, Dorotea y Cleto, también recién casados, á la llamada Cueva del Diablo; cueva célebre en aquella comarca por las cosas horripilantes que cuentan hace en ella y sus inmediaciones el Diablo, que todas las noches sale en canzoillos y en mangas de camisa á tomar el fresco, haciendo un porción de feas mogigingas que finaliza re-

torciéndose el bigoto, tirándose de la perilla y produciendo unos ruidos como cañ mazos, después de apurar una sartén de gachas migas.

Pues bien; llegamos á la entrada de la gruta misteriosa, y así que hubimos almorzado oportunamente, mi Robustiano y la Dorotea, desoyendo las súplicas que Cleto y yo les dirigamos, tomando á chacota nuestros temores, penetraron en su interior, á pesar de los rugidos infernales y resplandores fatiblicos que se percibían, feónones que, dicho sea de paso, por las gaites malas son atribuidos al aire y luz que entran por otra puerta que tenga la cueva...

—Bueno, señora; penetraron ¿y que más?

Pues, ¡ay, que horror!, que no salieron ni sabrán jamás los desgraciados, que irán pataleando á los profundos... ¡Que lástima!... ¡Cuanto padecerían y cuán cara pagaron su imprudencia!

—Señora, no sea tan pesimista; yo creo que á su Robustiano no le ha ocurrido la